
De cazadores a custodios: el despertar eco-sintiente en las montañas de Antioquia

From hunters to guardians: the eco-sentient awakening in the mountains of Antioquia

Mayra Natalia Parra Salazar

Figura 1. Logo Techo de Agua Corporación Ambiental sobre paisaje Páramo del Sol



Fuente: Eduardo Posada; Techo de Agua Corporación Ambiental.

Resumen

El documento narra el cambio de una relación de conflicto a una de custodia ambiental entre las comunidades campesinas del occidente antioqueño, particularmente en el Complejo de Páramos Frontino-Urrao, y la fauna silvestre local. Históricamente, prácticas de subsistencia como la agricultura, ganadería, tala y minería, junto con la cacería, generaron una relación de miedo, desinformación y persecución hacia especies clave como el oso andino (*Tremarctos ornatus*), el águila real de montaña (*Spizaetus isidori*) y el puma (*Puma concolor*). El oso era cazado por los daños a los cultivos y por creencias infundadas. El águila era temida como mal

presagio y se le atribuían la pérdida de animales domésticos. El puma era perseguido por suposiciones de ataques al ganado.

El proyecto y organización "Techo de Agua" surge como un motor de transformación hacia una visión "eco-sintiente", promoviendo el diálogo y la sensibilización. A través de talleres, monitoreos comunitarios y conversaciones intergeneracionales, la percepción del oso andino ha evolucionado del odio a la expectativa y el cuidado. La presencia del águila real de montaña fue documentada por un joven campesino, lo que permitió desmitificarla y generar fascinación y respeto, educando sobre su rol ecológico y valor. Con el puma, aunque el proceso ha sido más desafiante, se busca entenderlo no como una amenaza sino como una víctima de la reducción de su hábitat, promoviendo la coexistencia. Esta iniciativa ha resultado en la formación de la "Red de Custodios del Bosque de Niebla", un grupo de campesinos y ex-cazadores que, motivados por la convicción, aprenden a interpretar el territorio y a proteger estas especies, reconociendo el valor intrínseco de la naturaleza. El texto concluye que este cambio profundo refleja una nueva forma de habitar y sentir, donde la humanidad se ve como parte integral de un ecosistema vivo que, al ser cuidado, recíprocamente provee bienestar.

Palabras clave: Antioquia; comunidades; conservación; ecosintiente; fauna; páramos.

Abstract

This document details the transformation from a conflict-ridden relationship to one of environmental stewardship between rural communities in western Antioquia, specifically within the Frontino-Urrao Páramos Complex, and local wildlife. Historically, subsistence practices such as agriculture, livestock farming, logging, and mining, alongside hunting, fostered a dynamic of fear, misinformation, and persecution towards keystone species like the Andean bear (*Tremarctos ornatus*), the Black-and-chestnut Eagle (*Spizaetus isidori*), and the puma (*Puma concolor*). The bear was hunted due to crop damage and unfounded beliefs. The eagle was feared as a bad omen and blamed for livestock losses. The puma was pursued based on assumptions of livestock attacks.

The "Techo de Agua" project emerged as a catalyst for an "eco-sentient" shift, promoting dialogue and awareness. Through workshops, community monitoring, and intergenerational

conversations, the perception of the Andean bear has evolved from hatred to anticipation and care. The presence of the Black-and-chestnut Eagle was documented by a young farmer, allowing its demystification and fostering fascination and respect, educating communities about its ecological role and value. Although the process with the puma has been more challenging, efforts are underway to understand it not as a threat but as a victim of habitat reduction, thereby promoting coexistence. This initiative has led to the formation of the *Network of Cloud Forest Guardians*, a group of farmers and former hunters who, driven by conviction, learn to interpret the territory and protect these species, recognizing nature's intrinsic value. The text concludes that this profound change reflects a new way of inhabiting and experiencing the world, where humanity sees itself as an integral part of a living ecosystem that, when cared for, reciprocally provides well-being.

Keywords: Antioquia; communities; conservation; ecosentient; páramos; wildlife.

Introducción

En lo alto del occidente antioqueño, donde los ríos Herradura, Cañasgordas y Penderisco trenzan la geografía como hilos de memoria viva, la cordillera se eleva, se parte, se despliega, y en esa ruptura se hace vida. Ese corazón montañoso —que late entre nieblas, páramos y vertientes— recibe el nombre de Complejo de Páramos Frontino-Urrao, una vasta extensión de la cordillera occidental en la que los bosques de niebla se aferran a las laderas y los páramos llegan a superar los 4.000 metros de altura.

Este es un territorio cruzado por caminos de herradura, donde la tierra se trabaja con las manos. Donde, por generaciones, la subsistencia se ha tejido entre el surco del maíz, el paso del ganado, el golpe seco del hacha y el eco de la almadana en las entrañas de la montaña.

Aquí, las comunidades campesinas han convivido con una biodiversidad extraordina-

ria, aunque no siempre con plena conciencia, y no siempre en armonía.

Paradójicamente, la agricultura, la ganadería, la tala y la minería —razones de sustento y arraigo para muchas comunidades— han sido también causa de desplazamiento y muerte para numerosas especies.

Pero no solo las transformaciones del paisaje contribuyeron a esa pérdida. También la cacería fue, durante generaciones, una práctica habitual, arraigada en los imaginarios y costumbres locales. A veces, porque en la lucha diaria por la subsistencia los caminos de humanos y animales se cruzaban. Otras veces, porque matar era visto, sin mayor cuestionamiento, como parte de una rutina o incluso como motivo de celebración.

Algunos aún lo recuerdan, y otros apenas lo susurran: “cada vez que se mataba un oso, se hacía una fiesta”.

Frases como esta, que hoy resuenan como cicatrices en la memoria colectiva, fueron durante mucho tiempo expresiones normali-

Figura 2. Bosque de niebla en el Occidente antioqueño

Fuente: Mayra Parra; Techo de Agua Corporación Ambiental.

zadas que revelan una relación fracturada con la naturaleza, marcada por el miedo, la desinformación y la urgencia de sobrevivir. Lo que para algunos fue costumbre o defensa, para la vida silvestre significó pérdida, silenciamiento, desaparición.

En la historia no contada de este territorio, y en general de la humanidad, el conflicto silencioso con la fauna ha sido un capítulo importante, uno en el que las especies nativas fueron perseguidas, desplazadas y, muchas veces, eliminadas.

Tal es el caso de tres especies emblemáticas de los ecosistemas altoandinos: el oso andino (*Tremarctos ornatus*), el águila (*Spyzaetus isidori*) y el puma (*Puma concolor*).

Especies que hoy la ciencia reconoce como *sombrilla*, porque su existencia sostiene el equilibrio de ecosistemas enteros, pero que durante mucho tiempo fueron vistas por las comunidades rurales como una amenaza para la subsistencia.

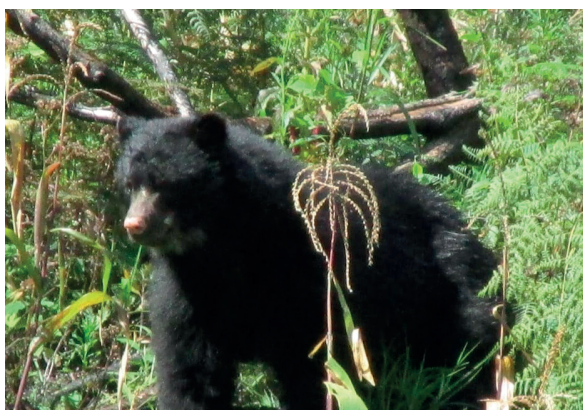
Afortunadamente, no todas las historias son iguales ni han terminado de escribirse. Lo que sin duda comenzó como el prelude de una extinción silenciosa, hoy, en algunas partes, está tomando un nuevo giro. Un giro *eco-sintiente*. Un giro frágil, sí, lleno de reve-ses, contradicciones y pasos en falso, pero también de esperanza.

Y esto es justo lo que quiero compartirles: fragmentos de un camino difícil y necesario,

que no nace desde la culpa ni desde la imposición, sino desde el diálogo, la escucha y la sensibilidad compartida. Ese camino es un proyecto que comenzó hace seis años y, aunque sigue en construcción, hoy tiene un nombre: *Techo de Agua*, el nombre de lo que somos y soñamos ser: un techo para abrigar la vida que nace donde el agua toca primero la tierra: los páramos y bosques de niebla.

El oso andino: del odio al respeto

Figura 3. Oso andino



Fuente: Daniel Pérez; Techo de Agua Corporación Ambiental.

Durante años, el oso andino fue visto como un intruso. Un enemigo. Una amenaza para los cultivos de maíz. En la memoria oral del campo, su figura estaba asociada más al odio que al miedo. Además de ser perseguidos por comerse los cultivos de maíz, el oso también fue víctima de la cultura que considera la cacería como un *hobby* o entretenimiento y de creencias infundadas sobre supuestas propiedades medicinales de sus partes. Perseguidos por considerarlos “dañinos”, los osos fueron cazados hasta reducir dramáticamente su presencia. Hoy, en el mapa global, figuran como especie vulnerable a la extinción. Pero la realidad puede ser aún peor, ya que localmente, ni siquiera sabe-

mos con exactitud cuántos quedan. Solo sabemos que cada vez es más difícil verlos.

En el pasado reciente, su sola presencia en una finca bastaba para justificar la caza. Y su muerte, lejos de generar tristeza, era motivo de celebración. Numerosos testimonios relataban la alegría que experimentaban en los pueblos cuando los cazadores bajaban del monte con el cadáver de un oso amarrado a dos palos. La fiesta que se organizaba a su alrededor, se narraba su captura y se repartían sus partes.

Lo curioso es que en los testimonios de quienes protagonizaron esas historias, aún rondan preguntas sin resolver. Preguntas que ellos mismos se hacen y que con el paso de los años son más frecuentes y sensibles. ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué incluso cuando llegaron a reconocer la innegable similitud de los osos con los humanos y a sentirse conmovidos ante su vulnerabilidad, continuaron haciéndolo?

Estas preguntas y testimonios nos enfrentaron a la complejidad del conflicto entre el oso y las comunidades, y reconocimos que no era suficiente pedirles protegerlo, era necesario entender lo que había detrás del odio y trabajar en procesos que permitieran transformar esa relación.

Y fue así, paso a paso, como se empezó a construir otra mirada. En los talleres, en las caminatas, en los diálogos con niños, en las conversaciones con los mayores, en cada jornada de monitoreo comunitario. Al reconocer al oso como especie clave, comenzaron a abrirse preguntas más profundas: ¿Qué está pasando con el bosque? ¿con el agua? ¿con nosotros mismos?

Hemos encontrado desconocimiento, sí. Pero también una historia de pérdida: del bosque, de la posibilidad de convivir, del equi-

librio. Una historia que obligó tanto a las personas como a los animales a disputar un territorio que se ha ido achicando para todos.

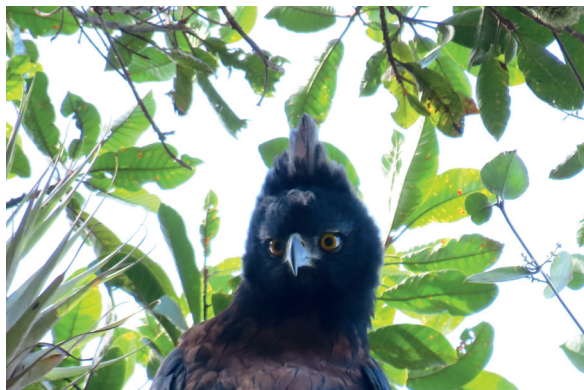
No mentiré. Nada de esto ha sido fácil y han sido más los reveses que las alegrías. El miedo, la costumbre, las necesidades cotidianas siguen estando ahí. Pero el odio ha disminuido. Y eso ya es un logro enorme.

Hoy hay quienes ya no perciben al oso con alarma, sino con expectativa. Sus huellas generan curiosidad. Su imagen en una cámara trampa despierta emoción. Niños y niñas han aprendido a seguir sus rastros. Las palabras de Tulio Pérez, campesino, ex-cazador miembro fundador de Techo de Agua, lo expresan con claridad: “Antes veía al oso como mi enemigo. Ahora lo veo como parte de la vida que también tengo que cuidar”.

La figura del oso de anteojos ahora es símbolo del bosque que aún resiste, y de las relaciones que pueden reconstruirse cuando el conocimiento, la sensibilidad y el cuidado abren caminos nuevos.

El águila real de montaña: del miedo a la fascinación

Figura 4. Águila real de montaña



Fuente: Juan Quiróz; Techo de Agua Corporación Ambiental.

Durante generaciones, el águila real de montaña —también conocida como águila crestada— ha surcado los cielos del occidente antioqueño. Su silueta imponente, con más de metro y medio de envergadura, y su vuelo sigiloso la rodeaban de un halo de misterio.

A pesar de su presencia constante, fue durante mucho tiempo una especie temida y desconocida. Algunos la consideraban una bruja, y su aparición era tomada como un mal presagio. Se le culpaba por la pérdida de gallinas y se le atribuían poderes extraños. Su imagen provocaba alarma; su existencia, desconfianza. Las personas desconocían sus hábitos y no comprendían su papel como reguladora natural de pequeños mamíferos y aves. Era más fácil temerla que entenderla, más común perseguirla que protegerla.

“Mi madre creía que se llevaba a los niños y que era tan grande que podía alzar a los perros”, recuerda una habitante. Ese miedo llevó a muchos campesinos a dispararle sin pensarlo dos veces. No sabían que estaban matando a una de las aves rapaces más amenazadas de América. Ni siquiera sabían que existía. El desconocimiento era tal que, a pesar de haberla visto durante años, no había registro oficial de su presencia en esta región.

El punto de inflexión no vino de afuera. Fue Juan Quiróz, un joven campesino del territorio, quien logró observarla con atención, hacerle seguimiento y documentar su presencia. Lo hizo, como se dice coloquialmente, con las uñas, como parte de su aprendizaje en los procesos comunitarios de monitoreo de fauna. Su hallazgo marcó un antes y un después. Porque no solo demostró que el águila real de montaña estaba presente en el occidente antioqueño, sino que también abrió la posibilidad de admirar lo que hasta entonces solo se había temido.

Pero, como todo lo que implica meterse

con las creencias y tradiciones arraigadas, no fue fácil. Costó tiempo y paciencia mostrar que no se trataba de una fantasía. Que era real. Que tenía nombre: *Spizaetus isidori*. Y que merecía algo más que temor: merecía respeto.

A Juan se le sumó su hermano Sebastián y, con el tiempo, ambos junto a su familia se convirtieron en miembros fundadores de *Techo de Agua*.

Desde entonces, el águila real de montaña se convirtió en uno de los focos más importantes de nuestro trabajo colectivo. Comenzamos a acompañar procesos de monitoreo comunitario, salidas de observación, talleres con escuelas rurales y espacios de conversación intergeneracional.

Figura 5. Actividad “Ecosintientes del Bosque de Niebla”



Fuente: Techo de Agua Corporación Ambiental.

Una y otra vez, compartimos con la comunidad imágenes, relatos de su comportamiento, registros de sus vuelos y momentos claves como la incubación, el nacimiento de un polluelo o los intentos de caza. Explicamos su rol en el ecosistema y lo que su presencia indicaba sobre la salud del bosque. Hablamos del cuidado parental, de su lucha por sobrevivir en un hábitat cada vez más reducido. Y al hacerlo, la percepción fue cambiando.

Lo que antes se nombraba con miedo comenzó a ser reconocido con respeto. Niños y niñas empezaron a dibujarla. Jóvenes a buscarla en el cielo. Las familias que antes pedían eliminarla, comenzaron a notificar sus avistamientos. El águila real de montaña, *Spizaetus isidori*, dejó de ser una amenaza y empezó a ser una presencia esperada. Un símbolo de lo que aún podemos proteger.

El puma: del antagonismo a la reconciliación

Figura 6. Actividad “Ecosintientes del Bosque de Niebla: Puma”



Fuente: Techo de Agua Corporación Ambiental.

Quizás ni el oso ni el águila han cargado con el peso simbólico que arrastra el puma. Su sola mención despierta una mezcla de temor, competencia y sospecha; un antagonismo que refleja años de conflicto y desconfianza. Invisible, ágil, silencioso, el puma puede —según se cree— aparecer en cualquier momento. Cada pérdida de un animal doméstico es atribuida a su presencia, real o imaginada.

El puma, el mayor de los felinos en el área, es un enigma envuelto en mitos y temores. Su naturaleza elusiva lo ha convertido en blanco de cacerías crueles. Lamentablemente,

te, muchos pumas, hembras y machos, incluso sus crías, han sido cazados o envenenados. A menudo se le caza por simple suposición. Basta con creer que "tal vez fue él".

El proceso de resignificar al puma ha sido tal vez uno de los más complejos. Pero también uno de los más reveladores. El puma encarna el conflicto más profundo entre lo doméstico y lo salvaje, entre el control y la incertidumbre. Su sola existencia cuestiona la idea de que todo lo que nos rodea debe estar al servicio humano. En este conflicto subyace de manera evidente la forma en que el territorio se ha transformado.

A menudo visto como una amenaza, el puma es en realidad un animal cauteloso que evita el contacto con los humanos. Lo que ocurre es que se le ha dejado sin bosque, sin presas naturales. Y en muchas veredas, el ganado queda pastando sin cercas, sin acompañamiento, al borde del monte. El resultado es un conflicto que no se reconoce como tal: mientras el felino es acusado de "atacar", lo cierto es que el territorio ha sido transformado hasta hacerlo inhabitable para él.

Transformar esa narrativa es algo que no hemos logrado hacer con suficiente éxito. El proceso con esta especie ha sido más difícil, más cargado de silencios, resistencias y contradicciones. Y siento que eso también debo contar en este relato, porque reconocerlo es necesario: no todos los procesos cierran con aplausos, algunos tropiezan con el duelo por las vidas que se pierden en el camino.

No obstante, resulta alentador observar que, cuando una comunidad comprende que el puma no es un invasor, sino más bien una víctima del desplazamiento, cambia también la manera en que se enfrenta el conflicto, dando paso a una búsqueda sincera de reconciliación. Esto sucedió en San José de

Montañitas, en Urrao, donde la familia Rueda, la familia Herrera y otras familias campesinas —también integrantes fundadoras de Techo de Agua— comenzaron a asumir que en la disputa por la tierra, ha sido la humanidad quien ha despojado a estos animales de su hábitat natural. Así, entendieron la importancia de promover la educación y la investigación científica para desmitificar al puma y al mismo tiempo fomentar prácticas ganaderas más seguras, que reduzcan los conflictos o permitan, al menos, ahuyentarlo sin causarle daño. Ya no como un enemigo, sino como un vecino esquivo que también merece existir y compartir el territorio.

Red de Custodios del Bosque de Niebla: donde la esperanza se convierte en acción

Ese giro *eco-sintiente*, del que hablé al inicio, se fue tejiendo lentamente en los encuentros cotidianos, en el aprendizaje de reconocerse en el otro, en la unión del conocimiento científico con la sensibilidad, la ternura y el respeto por aquello que no debemos domesticar, pero sí podemos comprender. No desde la humanización, pero tampoco desde datos fríos que fragmentan y colectan desde un sitio de supuesta superioridad moral, sino desde la humildad, desde abajo del pedestal inventado, desde ese lugar que acepta con orgullo que la humanidad es apenas un hilo más en el vasto tejido de la vida: un pedacito pequeño (de enormes repercusiones) que es sostenido por un entramado inmenso que nos abraza y nos sostiene.

Aún queda tanto por hacer, que a veces parece que intentáramos tomar el agua con las manos abiertas. Sin embargo, nos gusta repetir: "de pequeñas iniciativas nace la esperanza", para recordarnos que no todo está perdido, que justo en las grietas donde algo parece haberse roto, puede brotar la vida.

Figura 7. Algunos integrantes de la Red de Custodios del Bosque de Niebla



Fuente: Andrés Atehortúa; Techo de Agua Corporación Ambiental.

Porque es precisamente allí, en lo que no encaja del todo, en lo que resiste y se rehace, donde aún hay posibilidades. Precisamente, de ese lugar inesperado ha emergido algo que no buscábamos del todo, pero que hoy nos sostiene: una *Red de Custodios del Bosque de Niebla*.

Figura 8. Campesino participando en actividades de eco-sensibilización



Fuente: Techo de Agua Corporación Ambiental.

Una red de vínculos, de aprendizajes, de afectos: un tejido vivo de personas que, más allá de la ciencia y el monitoreo, han ido aprendiendo a escuchar y a dialogar con el territorio, con sus tensiones, sus heridas y sus esperanzas. Con la tierra, con las montañas, con los animales, pero también entre ellos mismos. Un tejido vivo en el que se entrelazan la ciencia y la sensibilidad, lo colectivo y lo íntimo.

Sus integrantes no son funcionarios ni técnicos de paso. Son campesinos, madres, jóvenes, ex-cazadores. Pero más que eso, son custodios del bosque, del páramo y de tres especies que por generaciones fueron objeto de desprecio, pero que ahora consideran el alma de las montañas. Caminan el bosque con respeto. Aprenden a leer los rastros, a instalar cámaras trampa, a reconocer los cantos. No trabajan desde la obligación sino desde la convicción. Desde el reconocimiento mutuo. Desde la certeza de que nadie cuida lo que no valora, y nadie valora lo

que no comprende.

Muchos dicen haber aprendido a ver lo invisible. A notar lo que antes pasaba desapercibido. Otros confiesan que han cambiado de lugar en la historia: ya no se sienten amenaza, sino cuidadores. Hay quienes aseguran que el bosque les abrió los ojos. Y también el corazón. Que ahora sueñan con un futuro donde los animales puedan andar libres, y los niños aprendan a nombrarlos sin miedo.

Esas palabras, que brotan en las conversaciones sencillas, no son solo testimonios. Son señales de un cambio profundo. Señales de que algo se está transformando en la manera en que habitamos y sentimos.

De eso se trata ser eco-sintiente. No sólo de acumular conocimiento, sino de que esa comprensión sea útil para la vida. De aprender a escuchar sin dominar. De dejarse transformar por aquello que habita más allá de lo humano, pero que está profundamente entrelazado con lo que somos.

Me gusta pensar que, en ese aprendizaje compartido, *Techo de Agua* ha sido mucho más que una organización: ha sido una semilla en una cordillera que empieza a reconocerse no sólo como un relieve imponente, sino como un hogar compartido, un cuerpo vivo que late entre nieblas y vertientes, un entramado de montañas, bosques y páramos que, al ser cuidado, también nos cuida.

Cómo citar este artículo

Parra Salazar, M. N. (2025). De cazadores a custodios. *Revista Ambiental ÉOLO*, 20, Crisis climática, desertificación y biodiversidad, pp. 162–171.

Sobre la autoría del artículo

Mayra Natalia Parra Salazar

*Historiadora, magíster en Sociología y candidata a doctora en Ciencias Sociales. Directora de la Corporación Ambiental Techo de Agua. Investigadora y consultora socioambiental con experiencia en la articulación entre ciencias sociales, conservación de la biodiversidad y trabajo comunitario. Ha sido consultora de la Fundación Con Vida y Conservation International Foundation (CI), con énfasis en educación ambiental, gobernanza territorial y protección de especies amenazadas, en particular el águila crestada (*Spizaetus isidori*, EN). Investigadora del Grupo Medio Ambiente y Sociedad de la Universidad de Antioquia.*

Correo: direccion.general@techodeagua.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0381-7636>



Adolfo León Correa

Águila crestada